

«¿Qué es la Celebración Litúrgica?»

BOROBIO, D, 1. 2/3, Sígueme, Salamanca 2003, 17-25.

Cap. 1, 2/3

«Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su señor y por él tributa culto al Padre eterno.»

La liturgia como diálogo y comunicación

El dialogo de Dios con el hombre se inicia en la creación, tiene su punto culminante en Cristo y se continúa en la liturgia y los sacramentos. Se trata de un diálogo que tiene su iniciativa en Dios mismo, que encuentra su referencia en Cristo desde la encarnación hasta la ascensión, y que se prolonga de modo eclesial significativo en la liturgia: Así lo ha reconocido la SC 7: “Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su señor y por él tributa culto al Padre eterno. Con razón, entonces, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo

místico de Cristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejercen el culto público íntegro. La liturgia supone, pues, un verdadero diálogo de mediación de la Iglesia, por el que Cristo mismo continúa ejerciendo su sacerdocio mediador, para alabanza del Padre y santificación del hombre (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1153).

Ahora bien, este como diálogo supone la comunicación. Como es bien sabido, la comunicación, desde un punto de vista técnico elemental implica estos elementos:

- 1) el **emisor** o comunicador que puede ser una persona o un grupo de personas.
- 2) el **receptor** o destinatario del mensaje, que puede ser muy diverso y debe estar en condiciones de interpretarlo.
- 3) la **señal** o el médium por el que se trasmite el mensaje salvando las distancias entre emisor y receptor.
- 4) el **mensaje** mismo o contenido de la comunicación que se quiere transmitir.
- 5) y el **código** o sistema de señales estructuradas que permiten comprender el mensaje, descodificar las señales por parte del receptor.

Aplicado a la liturgia, hay que decir que todos estos elementos se realizan de modo original y propio, por el misterio y contenido que implican:

- ◆ El emisor es ciertamente el hombre(s) visible pero en realidad es el Dios invisible quien emite y del que parte la iniciativa de comunicación.

- ◆ El receptor es también el hombre(s) o el grupo, pero en este caso es la comunidad creyente, y por ella la misma la Iglesia y el mundo.
- ◆ La señal o el médium es también el hombre(s) a través de medios auditivos (palabras, cantos, música, oraciones) y medios visuales (gestos, ritos, signos, símbolos, imágenes y arte, espacios, estructuras funcionales, ambón, sede, sagrario...), e incluso otros medios sensoriales (tacto, colores, olores, sabores). Pero se trata de medios cargados de sentido, sagrado, de significado divino-humano, de historia de salvación.
- ◆ El mensaje o contenido es la clave de la originalidad de la comunicación litúrgica, porque en ella se contiene el misterio de salvación invisible e inefable, porque en ella es Dios mismo el que se trasmite.
- ◆ Y en cuanto al código o sistema de señales, no se trata de códigos técnicos, sino de códigos revelados, ni se trata de sistemas automáticos, sino de actitud de fe, ni tiene por objetivo la simple información o formación, sino la conversión, la acogida agradecida, la salvación que se hace vida.

La liturgia como celebración festiva

Este diálogo de comunicación original y única se caracteriza también porque supone un encuentro festivo y gozoso, en el que

Dios manifiesta la alegría de compartir y comunicar su vida, y el hombre se alegra gozosamente de ser así amado por Dios, y de poder compartir este amor con los demás en la fe. El sentido festivo, la fiesta, el tiempo libre dedicado a holgar y disfrutar, es un elemento integrante de la vida humana, y también de la vida religiosa. En todas las religiones han existido días festivos dedicados a honrar a la divinidad. El pueblo de Israel ordenaba diversas fiestas en honor de Yahvé (sabbat, Pascua, fiesta de Asimos, Tabernáculos, reconciliación). Y la comunidad cristiana continuó celebrando fiestas y solemnidades en honor de Dios de Jesucristo, y en referencia fundamental al misterio de Cristo (día del Señor, Pascua, Pentecostés, Nacimiento del Señor...) La celebración de estas fiestas, centradas en su aspecto religioso, fue siempre también un momento de descanso, de alegría, de liberación, de comunicación y relación especial. Pero llegados al momento de la industrialización y urbanización (finales del siglo XIX-XX), del trabajo continuado que supone la ruptura del ritmo día-noche, del agobio por la esclavitud del horario, por la producción y el consumo, unido a la reivindicación social de un tiempo de descanso (fin de semana) con frecuencia independiente del domingo, los cambios en la celebración festiva, y sobre todo desde un punto de vista religioso, han sido muy grandes.

Por un lado el domingo ha dejado de ser “controlado” por la Iglesia y el tiempo festivo ha adquirido otros ritmos. Por otro lado, debido a la reacción ante un mundo y una sociedad centrada en lo técnico y racional, en lo laborioso y productivo, en la aceleración y falta de tiempo, se reclama de la misma Iglesia la

recuperación del sentido festivo y gozoso de sus celebraciones, la superación de formalismos estáticos, de fríos ritualismos. De ahí que se insista en la necesidad de destacar en la liturgia aquellos elementos que constituyen la esencia de la fiesta, como son:

- ◆ La referencia a un “tiempo nuevo”, que más allá de la esclavitud de lo cotidiano y cronológico, permite la unión con ese tiempo primordial e incondicionado, con ese referente Salvador que solo se sitúa en Dios, que afirma la bondad radical de las cosas, que permite soñar y esperar en otro futuro.
- ◆ La afirmación de un sentido de vida, que superando las oscuridades del acontecer diario (*chronos*), hace memoria del acontecimiento salvador que se celebra (*kairós*: Cristo), renueva el ideal de vida, y lo impulsa hacia una nueva realización.
- ◆ El juego o la acción ritual, como medio por el que el hombre creyente expresa su fe y su libertad, sus sentimientos y aspiraciones más hondas, ese “plus” de sentido que las mismas palabras no logran manifestar. La fiesta litúrgica también debe ofrecer al creyente la posibilidad de expresarse por la palabra y el rito, los signos y símbolos, por la danza y el canto, por el juego y el divertimento.
- ◆ La libertad y espontaneidad, que hace posible el que se supere la cerrazón de norma, la esclavitud del ritmo, el formalismo impuesto, dando lugar a espacios de crítica y denuncia de lo

injusto o insano, a la vez que de creatividad constructiva, de espontaneidad liberadora. La liturgia, en su antes o en su después, también ofrece esta posibilidad.

- ◆ La renovación de los lazos comunitarios, que implica la convocatoria y preparación de la fiesta, la nueva relación que se establece entre los participantes, al compartir el rito y la acción, sin discriminaciones o diferencias, poniendo cada uno lo que mejor sabe para alegría de todos. Una verdadera liturgia festiva supone siempre una auténtica participación comunitaria, una renovación de la comunidad.

- ◆ La gratuidad y la gratitud por la vida, por los dones que la vida nos aporta, por el don de los demás, y en especial por el don mismo de Dios. No se va a la fiesta litúrgica para “ganar tiempo” aunque es el tiempo mejor ganado. No se participa en el rito festivo porque sea algo útil-pragmático, sino porque es algo in-útil, gratuito y libre. No sé esta con los demás en la fiesta para aprovecharse de ellos u obtener una ganancia por ellos, sino para compartir graciosamente lo que hemos recibido gratis. Sólo entonces la fiesta es liberación que rompe los moldes del comportamiento cotidiano, convirtiéndose en verdadera “gracia” para el que así participa.

- ◆ La exhuberancia y hasta el “exceso”, que se manifiesta en el aspecto personal externo (vestidos, adornos...), y sobre en la ordenación y el adorno del mismo lugar y de los diversos elementos de la fiesta (manteles, flores, estandartes, cruces, objetos litúrgicos), así como en las acciones extraordinarias

que allí se desenvuelven (procesiones, música, cantos, danza, representaciones, adornos de calles y plazas...) Es cierto que este sentido festivo no siempre se manifiesta de la misma manera. Pero siempre debe manifestarse de algún modo.

Siguiente: Cap. 1. 3/3 ¿Qué es la celebración litúrgica?